

payasos

Se ha puesto de moda eso de disfrazarse de payaso y sembrar el terror por las calles. De punta a punta del país, cientos de mocosos se arman de pelucas, zapatones y kilos de talco para ocultar la insoportable ordinariez de sus insulsas caras, para ser algo que no pueden ser, para cabalgar a lomos del miedo mientras sus víctimas des-pavoridas gritan en la oscuridad cremosa de la noche. Solo necesitan una cajita de música, la sierra mecánica de papá y un callejón sin luz. Se sienten invulnerables. Un chute de adrenalina, dicen. Ya no aguanto más a esos impostores. Escupen sobre nuestro linaje atroz y milenario, desprecian nuestra condición, se ríen de lo que somos. Un insulto a un oficio tan respetable como el nuestro.

Esta noche he cazado a un payaso llorón que suplica piedad en el sótano. Las lágrimas que resbalan por sus mejillas estropean el gran trabajo que ha hecho en su piel, como el rímel corrido de una puta. Ahora solo queda la sucia verdad: la carne trémula, la mirada perpleja y la sinrazón que le producen mis negras encías, mis ojos amarillentos, mi voz de pesadilla. Me quito todo el maquillaje y sus pupilas dilatadas tratan de asimilar el horror de lo incomprensible. Así *soy yo*. Él suponía que no deberíamos existir. Le hago entender que no es una broma.

